

UNA INTERPRETACION EQUIVOCADA

Había leído con sumo interés el libro de Segundo Montes, **El Compadrazgo**. Una estructura de Poder en El Salvador, publicado en San Salvador por UCA/EDITORES, 1979. Aparte de lo atractivo del tema y del desarrollo del mismo, me había llamado la atención una serie de características difíciles de conjugar: en primer lugar, la increíble riqueza de materiales investigativos que la sustenta, tanto documentales bibliográficos como etnográficos; en segundo lugar, la rigurosidad metodológica, unida a la fluidez en la exposición, con la que el autor va avanzando en el análisis del Compadrazgo desde sus raíces hasta las últimas consecuencias sociales e históricas, dentro de un marco teórico bien utilizado y consecuente; por último, la honestidad científica —que a veces casi peca de timidez— para no concluir más de lo que se puede extraer de los materiales utilizados, que incluso le lleva a presentar como probables algunos puntos que ha probado con varios argumentos o testimonios, pero que no le parecen apodípticos.

Al leer en el número de la revista ECA de julio-agosto 1979 (págs. 718-719) la recensión que L.E.C. hace de este libro, me sorprendió el análisis que se ofrece del mismo, y me pareció que estaban recensionando un libro distinto del que yo había leído. No sabía si es que yo había entendido mal el libro del Compadrazgo, o si —lo que sucede con frecuencia— la recensión se había hecho a la carrera, leyendo por encima sin leer todo el texto, y tomando de aquí y de allá algunas frases que, fuera de su contexto, pueden dar otra idea del contenido. Por esa razón volví al texto original, para analizarlo más a fondo, y

partiendo de las afirmaciones del recensionista. Prescindiendo de los elementos en que estoy de acuerdo con L.E.C., y de otros aspectos puramente accidentales, me voy a fijar en tres puntos de discordancia.

Se afirma en la recensión que el enfoque del libro es culturalista; y de ahí saca el recensionista una serie de conclusiones propias, utilizando algunas frases del texto. Pero creo que hay que dejar en claro que una cosa es analizar un elemento cultural, y otra cosa muy distinta es realizar un análisis culturalista. Indudablemente, el compadrazgo es un elemento cultural, y así lo esclarece Montes en su libro. Pero el tratamiento que hace de ese elemento cultural, de ninguna manera es culturalista, sino muy contrario. Efectivamente, el autor trata de descubrir las raíces culturales del compadrazgo, para detectar una de las razones por las que dicha institución, al contrario de otras muchas que trataron de imponer los españoles, fue aceptada y asimilada por la población indígena y mestiza. Pero Montes insiste en que ese elemento cultural pertenece al nivel de superestructura, para reforzar el sistema de explotación y dominación impuesta no por razones culturales sino socio-económico-políticas. Toda la obra, y de modo especial los capítulos III y IV de la primera parte, van a demostrar que el compadrazgo es utilizado, como elemento superestructural e ideológico, para reforzar la dominación impuesta. Es sumamente esclarecedor, a este respecto, leer detenidamente el punto 4 del capítulo III, parte primera (págs. 97-101), titulado “Consecuencias sociales de que el encomendero sea padrino de sus indios encomendados”,

donde el autor realiza un análisis estructural de la dominación colonial y del papel asignado al compadrazgo dentro de ese esquema, y termina con estas palabras: "Se ha creado, pues, pretendiéndolo o no, una estructura o superestructura de dominación, que asegure el mantenimiento de la situación de explotación. No es que la religión conduzca a eso. Pero la religión, en esas condiciones sociales objetivas, coadyuva a la implantación de un sistema de explotación, aunque su intención pudiera ser ajena a ello. Una vez creada la estructura y el sistema, las fuerzas sociales dominantes se encargarán de que subsista y se perpetúe, mientras no se produzca una verdadera revolución social que trastoque todo el sistema, y que todavía no se ha producido en la mayoría de los países de América". (p.100). (los subrayados son míos). Este análisis, sin duda, es todo menos culturalista.

El segundo punto de desacuerdo con la recensión de L.E.C. estriba en la afirmación de que Montes habla del sentido horizontal y vertical del compadrazgo, cuando el compadrazgo tiene un sentido vertical entre las clases sociales. Supongo que el recensionista se estará refiriendo a lo que el autor expone en la pág. 30 de su obra, pero de ahí no se puede deducir lo que se le achaca, si se lee todo el texto del libro. Efectivamente, en esa página el autor está definiendo los términos, y habla de una doble "alianza", una horizontal (compadres: padrinos y padres del bautizado), y otra vertical (padrinos-ahijados, y viceversa). En ese momento, repito, el autor está definiendo los términos, sin tomar en cuenta todavía la realidad social empírica, y se refiere a las dos dimensiones de relaciones del "compadrazgo" que —dice el autor— propiamente debería hablar de la institución compadrazgo-padrinazgo...", y más bien está hablando de horizontal y vertical en el sentido de relaciones generacionales, sin contemplar todavía las relaciones de clases sociales. Por el contrario, a lo largo de todo el libro, y de modo especial en los capítulos III a VI de la primera parte, y en el capítulo II de la segunda parte, Montes insiste en que el compadrazgo, a lo largo de todo su desarrollo histórico, ha configurado una relación vertical entre clases y etnias distintas. Precisamente el capítulo IV de la primera parte, por el procesamiento y análisis de los datos conservados en los libros de bautismo, le lleva a concluir que en cada población hay un reducido grupo de ladinos que, por medio de compadrazgo con la población indígena y campesina,

asegura la dominación: "Todos los padrinos ladinos tienen ahijados naturales, con lo que se aseguran, quizás inconscientemente, una red de dependientes sometidos a ellos por los lazos del padrinazgo y compadrazgo, y ejercer una dominación paternalista, religiosamente sancionada, sobre la población natural, o sobre parte de ella" (pág. 126), y continúa afirmando que esos padrinos son los caciques o las "matriarcas" de la comunidad. Y más adelante: "y por el hecho de ser los padrinos y compadres más 'buscados', ejercen un cacicazgo y una dominación sobre las capas inferiores de la sociedad (todos tienen ahijados y compadres naturales y campesinos), y concretamente sobre los naturales. Las características inherentes al compadrazgo, como veremos en el capítulo siguiente, asegurarán el sometimiento y dependencia de las capas inferiores a la élite ladina que se ha constituido su padrino" (pág. 138).

En el capítulo V de la primera parte analiza el compadrazgo en el momento presente y en la zona de estudio, y nos indica Montes que se van modificando algo las tendencias actuales hacia una "endogamia grupal en la selección de los padrinos, aunque en otros tiempos parece que había más relaciones intergrupales, pero siempre ascendentes", aunque se conserve la aspiración a buscar la seguridad de apoyo y protección en personas de mejor nivel (pág. 152). En cambio, en la ciudad (cfr. Cap. VI, parte I), las relaciones son más verticales en el sentido de clases o grupos sociales: "Finalmente, una de las modificaciones que más destacan es que las relaciones del compadrazgo, si bien en los núcleos urbanos y sobre todo en la capital se hacen —o tienden a hacerse— verticales ascendentes (intergrupales), en el campo y especialmente en la zona de mi investigación, por el contrario, se están haciendo cada vez más horizontales (intragrupales), sobre todo a partir del ausentismo de los patronos del sitio de sus propiedades y principalmente desde el trauma del 32; y la nueva orientación catequética también está apoyando esta tendencia" (pág. 164).

Asimismo, todo el capítulo II de la segunda parte está presentado en el supuesto de que el compadrazgo en la zona de la investigación era de naturaleza vertical en el sentido de clases y etnias, y que precisamente por esa característica se dieron los fenómenos que apunta Montes de fidelidades y de disminución de la mortalidad de ladinos, como veremos en el siguiente punto a

discutir. En resumen, pues, afirmar que el tratamiento por el autor desconoce la realidad social y las relaciones verticales intergrupales en el compadrazgo, es totalmente contrario a lo que el autor presenta en su obra.

El tercer punto de discrepancia con el recensionista es en cuanto al tratamiento que le atribuye de los datos testimoniales del levantamiento de 1932, acusándole de que deja de lado los testimonios contrarios a su hipótesis, para quedarse con los favorables. Creo que no es justo el adjudicarle este juicio, ya que más bien, lo que resalta es la profunda honestidad científica del autor, que no manipula los datos, sino que los presenta en toda su realidad, le sean o no favorables. Pero Montes opta por un "estudio ponderado de los testimonios" (pág. 197), y no por el cuantitativo —podríamos decir, por un análisis cualitativo.

Insiste el autor en la resistencia de los informantes a tratar el tema, a pesar de que todos tienen que conocerlo, y haberlo sufrido de uno u otro modo en su familia. Frente a eso, se encuentra con una serie de testimonios —pocos, en realidad, como él reconoce—, pero bien concretos, de casos en los que el compadrazgo, sobre todo de parte de los naturales, sirvió de defensa para sus padrinos y compadres ladinos. Por otro lado, los testimonios contrarios a la hipótesis de Montes son genéricos, confusos, que bien pueden responder no a conocimiento de los hechos sino a rumores, y a un efecto consecuente a toda la campaña de ideologización contraria al levantamiento, sostenida por la sociedad dominante a lo largo de 45 años.

La realidad factual está ahí: contra las consignas sanguinarias que dicen se habían girado a los insurgentes, y contra la campaña posterior,

ideologizada por los intereses triunfantes, que hablaba de atrocidades aje cutadas por los alzados, en los cuatro pueblos no se produjeron más que 10 muertes en el levantamiento, y sólo dos de las víctimas fueron asesinadas intencionalmente, mientras que el resto cayó en enfrentamientos. De este hecho hay que buscar una explicación. Montes cree encontrar en el compadrazgo un elemento más que ayude a explicar el hecho, pero sin darle un valor definitivo, y mucho menos exclusivo. Todo lo contrario, en este punto se muestra sumamente reservado, y deja abierta la explicación, sin dar soluciones, apuntando a la complejidad del fenómeno social que se manifiesta en tales crisis, como precisamente demanda el recensionista. Convendría leer detenidamente todo el capítulo II de la parte segunda, y de modo especial el análisis y la conclusión que ofrece el autor en las págs. 197-198.

Si me he interesado en el debate suscitado, no es únicamente por interés científico en torno a una interpretación discutible. También me ha motivado un deber de justicia para con el autor, al que se le ha interpretado festinada y equivocadamente atribuyéndole planteamientos precisamente contrarios a los que sustenta en su obra, y que un estudio completo y profundo de la misma ayudan a esclarecer.

Ciertamente comparto la idea que la obra no está terminada, en el sentido de que contiene una riqueza antropológica y etnográfica de tal magnitud en la parte documental, que no se agota con la obra que Segundo Montes nos ha ofrecido, sino que es un manantial riquísimo para continuar, él u otros científicos, en el estudio de los materiales que nos ha entregado.

L. de S.